

Ralph C. CLEM y Anthony P. MAINGOT (eds.). *Venezuela's Petro-Diplomacy: Hugo Chávez's Foreign Policy*. University Press of Florida, 2015. 162 pp. ISBN: 978-0-8120-6142-9.

Las elecciones del 6 diciembre de 2015 en Venezuela y el cambio político que conllevaron enfatizan la importancia de un conocimiento más profundo de la política exterior de Venezuela. Si bien el trabajo compilado por Ralph Clem y Anthony Maingot se focaliza sobre la política exterior venezolana bajo el gobierno de Chávez, la política exterior venezolana analizada por los autores sigue en la actualidad. En *Venezuela's Petro-Diplomacy: Hugo Chavez's Foreign Policy* los autores observan una continuidad en cuanto a la política exterior venezolana y la posición del país dentro del hemisferio occidental desde el principio del siglo XX con el gobierno de Juan Vicente Gómez (1908-1935). En efecto, el descubrimiento y el uso del petróleo como instrumento de diplomacia se inició con Gómez, quien durante su mandato llevó a cabo dos cambios fundamentales que siguen siendo importantes para la historia venezolana: la instauración de un ejército profesional y el establecimiento de una industria petrolera controlada por activos extranjeros.

Sin embargo, cabe destacar que en la época de Gómez la política de Venezuela estaba más orientada hacia preocupaciones domésticas e intereses petroleros que hacia temas de interés hemisférico o internacional. Un primer paso hacia un papel más prominente de Venezuela dentro de la política internacional del petróleo se dio durante el gobierno de Gallegos en 1948 con una revisión de la ley petrolera, instaurando un mecanismo de reparto 50-50 de las ganancias (donde la mitad de los ingresos petroleros iban al Estado). Finalmente, será con la ascensión de Betancourt en 1959, cuando se inicia una política extranjera dirigida tanto al hemisferio occidental como al resto del mundo. Considerado por Kennedy como un modelo democrático para América Latina, la creciente dependencia de los EE. UU. del petróleo venezolano y la hostilidad de Venezuela hacia Cuba hacen que durante la década de 1960 los EE. UU. acepten el creciente control del Estado venezolano sobre el sector petrolero. Betancourt también abre a Venezuela hacia una diplomacia petrolera internacional con la ascensión de la OPEP en 1960, de la cual el país será miembro fundador. Sin embargo, una diferencia importante se encuentra a nivel del discurso político ya que durante el gobierno de Betancourt no se empleó un discurso geopolítico hostil. Esto cambió durante el gobierno de Andrés Pérez en 1974, que nacionalizó el petróleo con la fundación de Petróleos de Venezuela (PDVSA) y excluyó la candidatura de los EE. UU. al Sistema Económico Latinoamericano (SELA). Una diferencia fundamental con el chavismo, sin embargo, es el uso prioritariamente doméstico de los ingresos petroleros. Si bien el chavismo hoy en día se caracteriza por sus políticas sociales, hay que destacar la enorme cantidad de petrodólares utilizados para financiar la agenda bolivariana de exportación del socialismo del siglo XXI.

Como bien destacan los autores, es dentro de esta continuidad política de diplomacia petrolera que se debe analizar el gobierno de Chávez (1999-2013) y particularmente su política exterior. En el primer capítulo, Harold Trinkunas expone esa continuidad en relación con la política de los EE. UU. hacia el país. Argumenta que la

política exterior de Chávez no es revolucionaria por su método, sino por sus objetivos. Hay tres elementos claves que provocan incertidumbre en la esfera internacional: la adquisición masiva de armas, la alianza con países radicales o autoritarios y el uso del petróleo como instrumento de política exterior. Como bien se puede observar, esos tres elementos forman una unidad ya que, en el sexto capítulo, Ralph Clem analiza el acercamiento creciente entre Venezuela y Bielorrusia principalmente basado en la venta de armas y tecnologías militares. Además, Trinkunas expone dos objetivos internacionales de la política venezolana: la revolución bolivariana y la creación de un mundo multipolar liderado por Venezuela. Sin embargo, la exportación de la revolución bolivariana solo puede ser exitosa si demuestra su buen funcionamiento dentro del país. En este sentido, el estudio expuesto por John Magdaleno en el tercer capítulo, intitulado «Public Opinion and Venezuelan Foreign Policy», es relevante ya que demuestra el descontento de la población venezolana con el gasto del gobierno destinado a otros países para promover la revolución bolivariana o el socialismo del siglo XXI. El mismo estudio demuestra que la población venezolana está convencida de que el país tiene que forjar relaciones con países democráticos y rechaza los modelos estadounidense o cubano como deseables para Venezuela. Por último, el estudio llevado a cabo por Magdaleno también trata de la opinión pública venezolana, en este caso acerca de las FARC –y en particular el financiamiento del gobierno venezolano a dicha organización–. La mayor parte de la población venezolana rechaza el apoyo de su gobierno a las FARC y se opone a que sea eliminada de la lista de organizaciones terroristas (lo mismo que el ELN). Román Ortiz explica en el quinto capítulo la relación contradictoria entre Venezuela y Colombia. En efecto, si bien las relaciones económicas han conocido un aumento desde la ascensión de Chávez, las relaciones diplomáticas siguen deteriorándose. Las principales causas son no sólo las diferencias ideológicas y estratégicas de ambos países, sino también su visión acerca de las FARC y las negociaciones de paz. En este sentido, es importante que Colombia salga de su aislamiento geopolítico y reconsidere sus relaciones económicas con Venezuela.

Otra dimensión importante de la política exterior de Venezuela es su relación con los países del Caribe. En efecto, el hecho de que sean economías más frágiles y vulnerables políticamente ha facilitado la penetración de Venezuela en estos países mediante iniciativas como Petrocaribe. Como bien expone Anthony Maingot en el séptimo capítulo, «Responses to Venezuelan Petro-Politics in the Greater Caribbean», y Norman Girvan en «ALBA, Petrocaribe, and Caricom: Issues in a New Dynamic», si bien se trata de una manera en la que Venezuela influye en la política de estos países, hay que tener en cuenta que las culturas políticas existentes son difíciles de modificar. Más allá de los países caribeños, la política bolivariana se dirige a un ámbito internacional en la búsqueda de un mundo multipolar, como bien destaca María Teresa Romero en el capítulo cuatro. Sin embargo, parte de estos proyectos internacionales se inscriben dentro del ámbito más vasto del *Social Power* –como afirma Javier Corrales en el segundo capítulo del libro–, lo que hace difícil una reacción adecuada de parte de países como EE. UU. o la Unión Europea ya que esta forma de política se basa en una distribución generosa de petrodólares y un discurso antipobreza. El *Social Power* hace que el gobierno chavista

pueda contar con el apoyo del ala progresista de la izquierda europea, aunque este apoyo sigue siendo –tal como lo enfatiza Julia Buxton en el noveno capítulo– condicional.

A modo de conclusión, Jorge Castañeda expone en el último capítulo que la polarización que existe entre las políticas de los países de América Latina hace que una posición clara en contra de algunos procesos antidemocráticos que se llevan a cabo en Venezuela no resulte en un rechazo unánime por parte de los países de América Latina o de los organismos regionales. Hugo Chávez –y el chavismo– sigue siendo un elemento polarizador dentro de la región. Sin embargo, las elecciones del 6 de diciembre y la posición tomada por Brasil y Argentina contra el gobierno de Maduro demuestran que la revolución bolivariana tiene sus límites tanto en un contexto doméstico como internacional.

Carmen PEREIRA STALLAERT
Instituto de Iberoamérica
Universidad de Salamanca